

Reflexiones sobre la abstracción en Locke

I. *La abstracción dentro del sistema Locke*

Querer explicitar el concepto de abstracción en Locke, sin conocer en líneas generales el sistema del cual es una parte y al mismo tiempo la motivación del mismo sistema, resulta difícil y al mismo tiempo incompleto y sin sentido.

En cuanto a lo segundo, es decir en cuanto a la motivación de su filosofía, Locke es un moralista tremendamente preocupado por los problemas y turbulencias que agitan a su época y de las cuales él también fue víctima, pudiendo afirmar nosotros que el supuesto fundamental de su obra filosófica es que deben reconocerse en todo orden de cosas, los límites del hombre (sobre todo en el conocimiento), y que dentro de estos límites se consolidan sus efectivos poderes.

Para lograr esto se propone hacer un análisis crítico de nuestro conocimiento, con el fin de apreciar y justificar nuestra certeza. Aunque más que buscar su fundamento, a la manera de Descartes, trata de hallar un medio de concordia para evitar las disputas entre los hombres. No quiere entretenerse en considerar «como físico» la naturaleza ni la esencia del alma, «por curiosas e instructivas que puedan ser estas especulaciones». Su designio se reduce a examinar las diferentes facultades de conocer que se encuentran en el hombre, en tanto que actúan sobre los diferentes objetos que se presentan a su espíritu, para de esta manera ver de qué modo forma nuestro entendimiento las ideas que tenemos de las cosas y así poder señalar los límites de la certeza de nuestros conocimientos. Son tantas, nos dice, tan distintas y tan opuestas las opiniones acerca de las cosas, que alguno podría sospechar o que no hay nada absolutamente verdadero o que los hombres no disponen de ningún medio seguro para llegar al conocimiento cierto de la verdad.

Conociendo lo que somos, conoceremos lo que podemos y evitaremos malgastar nuestras energías en discutir sobre objetos que están

fuera del alcance de nuestro entendimiento. Solamente será posible evitar el escepticismo y hacer progresos en nuestros conocimientos si no salimos fuera del campo y de las materias propias de nuestra facultad de conocer:

«Es sumamente ventajoso al piloto saber cuál es la longitud de la cuerda de sondear, aunque no siempre pueda reconocer por medio de ella todas las diversas profundidades del océano; pero le basta saber que la cuerda es bastante larga para tomar fondo en diversos parajes del mar que debe conocer para dirigir bien su carrera y evitar los bajos fondos que podrían hacerle naufragar» (*Ensayo...* Introd. 6).

Por lo tanto, si podemos descubrir hasta dónde puede extender su vista nuestro entendimiento y hasta dónde puede servirse de sus facultades para conocer las cosas con certeza, y en qué caso sólo puede juzgar por simples conjeturas, aprenderemos a contentarnos con los conocimientos a los cuales nuestro entendimiento es capaz de llegar en el estado en que nos encontramos en este mundo. Nos dirá también en otro lugar, que nuestra misión en este mundo no es conocer todas las cosas, sino aquellas que se refieren a la conducta de nuestra vida:

«Por esto es fácil concluir que nuestra verdadera ocupación consiste en aquellas investigaciones y en aquella clase de conocimientos que son más adecuados a nuestra capacidad intelectual, y nos llevan hacia nuestros más grandes intereses; es decir, a la condición de nuestro estado eterno. De aquí creo que puedo concluir, que la moral es la ciencia y el asunto apropiado de la humanidad en general» (*Ensayo...* Lib. IV, cap. XII, 11)

El empirismo, que cuenta con una larga tradición en Inglaterra y con el cual entronca Locke, aunque después hablaremos de su cartesianismo y de los presupuestos dogmáticos de su sistema, es la afirmación de que el conocimiento humano debe restringirse dentro de los confines de la experiencia (1) y que más allá de estos confines no hay nada más que intentos imposibles o sueños quiméricos. La experiencia, de que habla Locke, es el mundo en el que el hombre vive y obra. Quizá viera en esto Locke un punto para solucionar el problema pues vemos que la motivación histórica de su tratado, como ya hemos indicado antes, es bien distinta de lo que podría suceder en otros autores:

(1) Entre el empirismo de Bacon y el de Locke hay una diferencia radical; la experiencia es para Bacon el dominio del experimento científico; para Locke es todo el mundo del hombre.

«Encontrándonos cinco o seis amigos en mi cuarto, discutiendo sobre un tema muy alejado de éste, nos hallamos en gran apuro a causa de las dificultades que surgían. Después de intentarlas resolver en vano, pensé que habíamos tomado un camino erróneo, y antes de hacer ninguna investigación era necesario examinar nuestra capacidad y ver con qué objetos estaba nuestra mente en condiciones de tratar. Se lo comuniqué así a mis amigos que asintieron enseguida». (*Ensayo... Epístola al Lector*)

En el «Ensayo sobre el entendimiento humano» quiere comprobar y dilucidar los límites y alcance del conocimiento humano. En la Introducción a este tratado nos dice: «siendo mi propósito inquirir el origen, la certeza y la extensión del conocimiento humano, así como los fundamentos y grados de la creencia, de la opinión y del asentimiento, no me entretendré por ahora en consideraciones físicas. Y más adelante «Pensaré que no he empleado mal mis pensamientos si con este método sencillo, histórico, puedo dar una explicación de los modos por los que nuestro entendimiento obtiene las nociones que poseemos y puedo establecer los límites de la certeza de nuestro conocimiento» (n. 2)

En la misma introducción nos hace un breve esquema de su sistema o por lo menos del orden que va a seguir:

«Primero, inquiriré el origen de las ideas, nociones, o como se las quiera llamar, que el hombre observa y de las que es consciente en su mente; y, además los caminos por los que adquiere el conocimiento.

En segundo lugar, inquiriré qué conocimiento de esas ideas tiene el entendimiento, así como su certeza, evidencia y extensión.

Por último, y en tercer lugar, investigaré la naturaleza y fundamentos de la creencia u opinión: es decir, qué asentimiento damos a una proposición verdadera o a una falsa de la que tenemos conocimiento cierto. Y luego tendré ocasión de examinar las razones y grados del asentimiento.» (*Ensayo... Introducción, 3*)

Por lo que podemos ver, después de lo dicho, Locke intenta escribir una epistemología, pero tomando de Descartes el punto de partida de su investigación gnoseológica: el objeto del conocimiento humano es la idea, pero éstas, añade Locke, proceden exclusivamente de la experiencia, son fruto no de una espontaneidad creadora del entendimiento humano, sino de su pasividad frente a la realidad.

Como para el hombre la realidad o es realidad interna (su yo) o es realidad externa, por eso las ideas pueden derivar de una u

otra de estas realidades y se llamarán ideas de reflexión, si se derivan del sentido interno, o ideas de sensación, si se derivan del sentido externo.

Idea para Locke es «Todo cuanto es objeto de nuestro entendimiento cuando pensamos..., todo cuanto se entiende por fantasma, noción, especie o cualquier cosa que ocupa nuestro espíritu cuando piensa» (*Ensayo... Introducción*, 8)

Locke ya no establece distinción entre los límites de la sensación, la imaginación y el entendimiento.

Locke conserva también el principio cartesiano de que tener una idea significa percibirla, ser consciente de la misma, sirviéndose de este principio para criticar las ideas innatas:

«Ninguna proposición puede decirse que está en la mente, si nunca se conoce o se está consciente de ella. Si por tanto, estas dos proposiciones, «lo que es, es» y «es imposible para una misma cosa ser y no ser» están naturalmente impresas, los niños no pueden ignorarlas, todos aquellos seres que poseen alma deben tenerlas necesariamente en sus entendimientos, conocer su verdad, y asentir a ellas». (*Ensayo... Lib. I, cap. I, 5*).

Este argumento nos lo da desde distintos ángulos de vista pero si lo examinamos con profundidad veremos que es argumento único. Es significativo el que Leibniz, admitiendo este mismo punto de partida, haya defendido el innatismo, distinguiendo grados de perfección en «Nuevos Ensayos sobre el entendimiento humano».

Hay también un intento de recuperar algo que nos es sumamente natural:

«Los hombres, por el simple uso de sus facultades naturales, pueden obtener todo el conocimiento que poseen, sin ninguna impresión innata. Pueden llegar a la certeza sin tales principios o nociones originarios. Imagino que cualquiera concederá fácilmente que sería impertinente suponer innatas las ideas de color en una criatura a quien Dios ha dado vista y capacidad para recibirlas de objetos externos por medio de los ojos». (*Ensayo... Lib. I, Cap. I, 1*).

En el capítulo segundo intenta demostrar que tampoco existen principios prácticos innatos.

Si todo nuestro conocimiento resulta de ideas y si éstas proceden todas de la experiencia, el análisis de nuestra capacidad cognoscitiva deberá ser una clasificación, un inventario sintético de todas las ideas que la experiencia nos suministra. El libro tercero va dirigido a formular este inventario.

Aquí vuelve a insistir en el concepto de idea cartesiana y a remachar que todos nuestros conocimientos nos vienen de la experien-

cia: «en ella está fundado todo nuestro conocimiento, y de ella se deriva todo en último término» (*Ensayo...* Libro II, cap. I, 2).

Nuestra observación ocupándose ya sobre objetos sensibles externos, o ya sobre las operaciones internas de nuestras mentes, percibidas y reflejadas por nosotros mismos, es la que abastece a nuestro conocimiento con todos los materiales del pensar. Estas son las dos fuentes del conocimiento; de ellas proceden todas las ideas que tenemos o podemos tener. Pero además de las ideas simples existen las ideas complejas y de ellas nos habla en el capítulo XII del libro II, 1:

«Pero, aunque la mente es totalmente pasiva en la recepción de todas sus ideas simples, ejecuta varios actos propios: y así, con todas sus ideas simples, como material y fundamento, elabora otras. Estos actos de la mente, mediante los cuales ejerce su poder sobre las ideas simples, son estos tres: 1) combinar varias ideas simples en una compuesta; así se forman todas las ideas complejas. 2) Juntar dos ideas, ya sean simples o compuestas y colocarlas una al lado de la otra, de manera que las vea a la vez, aunque sin unir las; de tal manera se alcanzan todas las ideas de relaciones. 3) Separar las ideas de cuantas otras ideas las acompañan en su existencia real: es la llamada abstracción; así se forman todas las ideas generales.»

II. *La abstracción propiamente tal*

Las ideas generales están condicionadas por el lenguaje y Locke dedica la tercera parte del ensayo al lenguaje y a la formación de las ideas generales, pero en el libro segundo ya tenemos algunas ideas sobre el tema, especialmente cuando nos habla «del discernir y de otras operaciones de la mente».

«Cuando los niños, mediante repetidas sensaciones, llegan a tener ideas impresas en su memoria, comienzan, por grados, a aprender el uso de signos. Y cuando han conseguido tener habilidad para aplicar los órganos de la palabra a la producción de sonidos articulados, empiezan a hacer uso de las palabras para comunicar sus ideas a los demás.» (*Ensayo...* Lib. II, cap. 11, 8)

En el número siguiente nos dirá:

«Ya que las palabras se emplean como signos externos de nuestras ideas, que son internas, y ya que las ideas se adquieren de las cosas particulares, si cada idea particular que

adquirimos tuviera un nombre distinto, los nombres serían infinitos. Para evitar esto, la mente hace que las ideas particulares recibidas de objetos particulares lleguen a ser generales, lo que se consigue separándolas de toda otra existencia y de las concomitantes. Esto se conoce con el nombre de abstracción, mediante la cual las ideas que se adquieren de seres particulares se hacen representantes generales de todos los de la misma clase; y sus nombres se hacen nombres generales aplicables a todo lo que exista conforme a tales ideas abstractas.» (*Ensayo...* Lib. II, cap. 11, 9)

En el número diez de este mismo capítulo nos dirá que es posible que las bestias no posean la facultad de abstracción y que el tener ideas generales sea lo que indique una distinción perfecta entre el hombre y el bruto.

Con todo esto se plantea o se inicia el problema de la abstracción. ¿Cómo lo soluciona?

En la primera parte afirmábamos que una de las razones más potentes que aducía Locke para rechazar las ideas innatas era precisamente el aducir que nosotros por el simple uso de nuestras facultades naturales creadas por Dios podíamos hacer lo que tendrían por oficio las ideas innatas. Aquí parte también de este principio. Dios crea al hombre como animal social, siendo el lenguaje el gran instrumento y el lazo común de esta sociedad, y por tanto necesita sonidos como signos de sus concepciones internas. Ahora bien, como las ideas nacen de la experiencia y ésta es particular, si para cada idea necesitáramos una palabra, no se podría realizar el que el hombre se comunicara con los demás y fuera sociable. Para remediar este inconveniente, el lenguaje cuenta con el uso de los términos generales, mediante los cuales una palabra se convierte en signo de una multitud de existencias particulares. Pero para que esto pueda suceder hay que poner primero ideas generales. ¿Cómo se realiza esto? Es por tanto necesario estudiar qué cosa sean los géneros y las especies:

«Puesto que todos los nombres —excepto los nombres propios— son generales, será necesario examinar qué son los géneros y las especies, en qué consisten, y cómo se forman». (*Ensayo*. Lib. III, cap. I, 6.)

Las ideas se hacen generales cuando se las separa de las circunstancias de tiempo y lugar y de toda otra idea que pueda determinarlas. Mediante esta abstracción, se hacen capaces de representar más de una cosa individual. (Cf. *Ensayo...* Libro III, cap. 3, 6).

Los géneros y las especies son ideas abstractas más o menos extensas, a las que se les dan determinados nombres. (Cf. *Ensa-*

yo... Lib. III, cap. 3, 9). Y por tanto lo general y lo universal no pertenece a la existencia real de las cosas, sino que son invenciones y criaturas del entendimiento. (Cf. *Ensayo...* Libro III, cap. 3, 11) y por consiguiente, es evidente que las esencias de las clases o, si se prefiere la palabra de las «especies» de las cosas, son esas ideas abstractas. Puesto que nada puede ser un hombre, o tiene derecho al nombre de hombre, sino lo que adecúa a la idea abstracta que el nombre de hombre representa; y puesto que nada es un hombre, o tiene derecho a la especie hombre, sino lo que posee la esencia de aquella especie hombre, se sigue que la idea abstracta que representa el nombre y la esencia de la especie es una y la misma cosa. De aquí que sea fácil observar que las esencias de las clases de cosas, es la operación del entendimiento con las que se abstraen y elaboran las ideas generales. (cf. Libro III, cap. 3,12).

A estas clases o «especies» es a lo que llamamos esencia. (cf. *Ensayo...* Libro III, cap. 3,12). A esto, aunque sea la esencia que conocemos de las substancias naturales, lo llamo esencia nominal, para distinguirla de la constitución real, de las substancias, de las que depende esta esencia nominal, y todas las propiedades de cada clase; esa constitución real, aunque desconocida, puede llamarse esencia real; por ejemplo la esencia nominal del oro es la idea compleja que la palabra oro significa, es decir, un cuerpo amarillo, de cierto peso, maleable, fusible, etc. Pero la constitución real es la constitución de las partes insensibles de este cuerpo, de la cual dependen las cualidades y todas las demás propiedades del oro. (Cf. *Ensayo...* Lib. III, cap. 6,2).

En el número nueve de este mismo capítulo nos dirá que no podemos clasificar cosas, y en consecuencia denominarlas, por su esencia real, porque no la conocemos.

Estas esencias reales se forman por la mente y no por la naturaleza; pues si fueran obra de la naturaleza, no serían tan variadas y diferentes en los distintos hombres como la experiencia nos dice que son. Cf. *Ensayo...* Lib. III, cap. VI, 26.)

En el mismo capítulo n.º 36 nos vuelve a repetir esta idea pero añadiendo algo nuevo; «La naturaleza elabora muchas cosas particulares que concuerdan unas con otras en muchas cualidades sensibles, probablemente también en su constitución interna; pero no es esta esencia real lo que las distingue en especies; *son los hombres quienes fundándose en las cualidades que hallan unidas en las cosas particulares, sobre las cuales observan que concuerdan a menudo varios individuos, según su conformidad a esta o a aquella idea abstracta, los ordenan como bajo una enseña: esto pertenece al regimiento rojo y aquello a lo azul; esto es un hombre, y aquello un instructor*».

Respecto a lo que los nombres de las substancias significan

inmediatamente, como no son más que las ideas simples que se hallan coexistiendo en las substancias, estas ideas, en tanto que están reunidas en diferentes clasificaciones de las cosas, son los tipos propios a los que sus nombres se refieren y por los que su significación puede ser rectificada mejor. Pero a causa de que estas ideas simples, que coexisten y están unidas en el mismo sujeto, son muy numerosas y poseen todas igual derecho a entrar en la idea compleja y específica que el nombre específico representa, los hombres forman ideas muy diferentes sobre ellas. Las cualidades simples que forman las ideas complejas, siendo la mayoría de ellas potencias en relación con los cambios que pueden efectuar o recibir de otros cuerpos, son casi infinitas. Es cierto, en la conversación corriente, que los nombres generales de las substancias... designan bastante bien las cosas de que los hombres hablan: y así corrientemente conciben bastante bien las substancias significadas por la palabra oro o manzana, para distinguir la una de la otra. (Cf. *Ensayo...* Lib. III, IX, 13.)

Precisamente debido a esto, en las investigaciones filosóficas y en los debates, donde han de establecerse verdades generales y extraerse consecuencias de posiciones establecidas, en lo que respecta a la significación precisa de los nombres de las substancias, se hallará no sólo que no está bien establecido, sino que es muy difícil de establecer. (Cf. *Ensayo...* Lib. III, cap. IX, 15). Esto que acabamos de decir sucede solamente con las substancias pues tanto en las ideas simples como en las complejas, excepto las substancias, concuerdan con la realidad, pero esto ya no se refiere propiamente a la abstracción, no obstante con ello intenta fundamentar filosóficamente, aparte de hacerlo con otros principios, su liberalismo político.

Vemos pues claramente, cómo Locke quiere que su idea pase a ser el universal auténtico, pero dados los presupuestos implícitos sobre los que descansa su teoría del conocimiento se queda a medio camino. En el libro III, cap. XI, 13 nos dice a propósito de las substancias algo que se repetirá muchas veces a través de la historia de la filosofía y que obligará a muchos filósofos a iniciar diversos sistemas filosóficos para solucionar precisamente este problema:

«A causa de que estas ideas simples, que coexisten y están unidas en el mismo sujeto, son muy numerosas y poseen todas igual derecho a entrar en la idea compleja y específica que el nombre específico representa, los hombres forman ideas muy diferentes sobre ellas. Las cualidades simples que forman las ideas complejas... son casi infinitas.» (*Ensayo...* Libro III, cap. 11,13.)

El deseo de naturalismo de Locke parece que le impulsa a admitir auténticos universales, pero sus presupuestos lo dejan a mitad de camino, ya que con ideas particulares no se forma nunca un universal.

No queremos entrar en la crítica de la abstracción de Locke. Además estamos convencidos, y en esto seguimos a Maréchal que en Hume culmina el empirismo iniciado por todo el empirismo y muy especialmente el de Locke. (*Punto de partida de la Metafísica*, t. II, Libro III, capítulo I.)

«El empirismo sólo podía tener una evolución unilateral, ya que el único principio que se hallaba en su base —la experiencia— no era en modo alguno susceptible de opciones o de compromisos teóricos, por lo cual iría afirmándose cada vez más claramente, derribando todo lo que no procediese de él. Este desarrollo, pues, se produjo más por eliminaciones sucesivas, por depuración gradual, que por despliegue de virtualidades o asimilación de elementos extraños. Así hubiera sido posible prever el término final desde los primeros estadios.»

JUAN JOSÉ GALLEGO SALVADORES, O. P.